

tales. En 1578 el P. Juan Clemente fundó el gran hospital de San Lázaro de Manila, destinado para leprosos, que todavía subsiste en la actualidad; en el mismo año los franciscanos erigieron también un hospital para los soldados españoles. El P. Lorenzo de Santa María, muerto en 1585 en Cebú, hizo laborables comarcas estériles, conduciendo a la llanura el agua de las montañas por medio de canales, con lo cual fomentó en gran manera la agricultura (1). Los misioneros franciscanos, uno de los primeros entre ellos Juan de Plasencia, compusieron gramáticas del dialecto del país, el tagalo, un diccionario español-tagalo, un catecismo y otras obras religiosas en esta lengua (2).

Para la consolidación del cristianismo en las Filipinas, con la cual se formaba en medio del mundo pagano del Asia oriental un punto de apoyo de suma importancia para la obra de las misiones (3), fué de grandes consecuencias el obispado de Manila, fundado por Gregorio XIII en 1579, para cuya mitra fué nombrado el dominico P. Domingo de Salazar (4), el cual en cuarenta años de actividad en Méjico había adquirido los mayores méritos para con aquellos indios. Por él en 1582 llegaron también los dominicos y jesuítas a las Filipinas, adonde por impulso del Papa y del rey de España se encaminaron en 1581, treinta y tres nuevos misioneros de la Orden franciscana (5). Varios miembros de las dos grandes Ordenes mendicantes unidos con los jesuítas trabajaban también en las Malucas con grande éxito ya desde el pontificado de Pío IV (6).

## IV

La provincia jesuítica de las Indias Orientales, además de la India propiamente dicha, las Malucas, la China y el Japón, abarcaba aún la costa oriental de Africa. Allí trabajaban como misioneros en Abisinia los jesuítas desde el tiempo de Paulo III (7).

(1) Cf. P. Marcello de Ribadeneyra, *Historia de las Islas de Archipiélago*, y Groeteken, loco cit., 589 s., 593.

(2) V. Dahlmann, *Lingüística*, 115. Cf. Groeteken, loco cit.

(3) Cf. Biermann en las *Kathol. Missionen*, 1916-17, 53.

(4) V. Gams, 113.

(5) V. Maffei, II, 168; Gulik-Eubel, III, 251; Sacchini, V, 107 s.

(6) V. la relación de Daniel Barbarigo en Albèri, III, 2, 14. Cf. Hahn, *Historia de las misiones católicas*, II, 430 s.; Henrion, *Hist. des miss.*, I, 578 ss.

(7) Cf. nuestros datos de los vol. XII y XIII.

Durante la primera mitad del reinado de Gregorio XIII fué sobre todo el P. Andrés de Oviedo, investido de la dignidad episcopal, quien entre las más difíciles circunstancias desplegó una actividad verdaderamente apostólica, la cual se extendía en primer término a los portugueses y a sus descendientes muy desparramados por el país (1). Cuando este varón santo sucumbió a la fiebre en 1577, tres jesuítas que hasta entonces le habían ayudado, continuaron su trabajo. Con todo por efecto de la hostilidad del rey se hallaron en una situación tan difícil que en 1580 se pensó en dejar la misión (2). Pero Gregorio XIII nada quiso saber de ello; procuró prestar ayuda dirigiendo un breve al rey; pero éste tenía tan hostiles sentimientos, que los jesuítas dudaron si aceptaría siquiera la carta (3). El año 1582 notifican las cartas anuas de la Orden que no había en Abisinia sino dos Padres, que a duras penas podían vivir y hacían acá y acullá alguna conversión; pero que no se debía desesperar, pues frecuentemente envía Dios en la mayor necesidad su poderoso auxilio (4).

En la costa occidental de Africa trabajó durante toda una generación el jesuítas Baltasar Barreira como misionero en Guinea, en el Congo y en Angola, donde ya antes habían ejercido un activo apostolado los franciscanos. En 1582 algunos misioneros de la Orden de los carmelitas descalzos fueron a Guinea, y al año siguiente al Congo; en 1584 el rey de Angola se bautizó (5). En la costa oriental del continente africano la misión de las tribus libres de los bantus, comenzada por los jesuítas a principios del séptimo decenio, habíase frustrado por efecto de la actitud de los colonos portugueses (6). Con el establecimiento de los dominicos en Mozambique en 1577 empezó un nuevo período de la his-

(1) Cf. Bártoli, *Degli uomini e de'fatti della Comp. di Gesù*, I, 4, c. 29.

(2) V. Beccari, *Rer. Aethiopic. Scrip. occid.*, V, 453 s., X, 306 s. Sobre el P. Oviedo cf. nuestros datos del vol. XIII.

(3) V. la relación de Manuel Fernández, de 3 de julio de 1582 en Beccari, V, 328 s.; *ibid.*, 303 s. está la carta en que Gregorio XIII en 1579 exhortó al príncipe Isaac Barnaynes a ajustar la paz con el rey y a unirse con la Santa Sede.

(4) *Litterae ann.*, 1584, 139.

(5) V. Heimbucher, II, 16; Paiva-Manso, *Historia do Congo*, 129 s.; *Précis hist.*, 1895, 470 s.; Streit, I, 87. Cf. Kilger en la *Revista de ciencia de misiones*, 1921, 71 s.

(6) Cf. Kilger, *La primera misión entre las tribus de los bantus*, 1560-1562, Münster, 1917.



toria de las misiones del Africa oriental: desde Mozambique eran provistas de mensajeros de la fe la comarca del Zambeze y las islas. El dominico Juan de Sánchez, que fué allí misionero mucho tiempo, ha descrito en una obra especial el estado de cosas de esta región (1).

## V

A los países de misiones pertenece también el grande imperio de los otomanos, que comprendía una muy numerosa población cristiana, la cual como todos los demás no mahometanos, había de comprar el derecho de poder vivir en su patria, pagando una contribución por cabeza a los conquistadores. Pero no quedó todo en este impuesto. Además de él, cometíanse por las autoridades otomanas extorsiones que califica de increíbles en 1571 el veneciano Jacobo Ragazzoni (2). La situación era peor en las provincias alejadas de la capital, donde los infelices habitantes quedaban totalmente abandonados a la codicia de los gobernadores (3). Es característico, que cuando el sultán Selim II en el año 1569 hizo embargar las rentas de todas las iglesias cristianas del imperio, fueron exceptuadas las de Constantinopla, Andrinópolis y Brussa (4). Pero esta excepción se refería sólo a los cismáticos griegos, cuyo patriarca gozaba de la protección del gobierno turco por un tributo anual y otras gabelas. La Iglesia latina no tenía semejante reconocimiento oficial. Las autoridades turcas miraban con envidia y temor las relaciones de los latinos con Roma; toleraban la presencia de los franciscanos y de otros religiosos católicos, principalmente sólo porque creían que estaban sometidos todos al patriarcado griego; la mayor parte de los sacerdotes seculares y obispos católicos se habían visto obligados a huir, como ya lo había lamentado San Pío V (5).

Sumamente triste era la situación de los católicos en la península de los Balcanes, donde la continuación de la cura de almas

(1) *Ethiopia orient.*, 1609. Cf. la Revista de historia de misiones, de Schmidlin, VII (1917), 99.

(2) V. la relación en Albéri, III, 2, 100; cf. *ibid.*, 252, el juicio de Jacobo Soranzo, de 1581.

(3) V. la relación del bailío Juan Francisco Morosini en Albéri, III, 3, 272.

(4) Zinkeisen, III, 365.

(5) Cf. Gottlob en el Anuario Hist., VI, 60.

se debía solamente a la abnegada perseverancia de los franciscanos (1). Estos poseían en 1573 sólo en Bosnia quince conventos (2), los cuales sin embargo no bastaban en modo alguno para las parroquias muy diseminadas. No se le escapó al cuidado pastoral de Gregorio XIII la situación apurada de los católicos en la península de los Balcanes. En 1580 destinó delegados y visitadores apostólicos para los dominios de Venecia en Istria (3), como también para los países turcos. Para las provincias del norte recayó la elección del Papa en el prelado del pequeño obispado dalmata de Stagno, Bonifacio de Stéfani, el cual enviado ya por Pío V como visitador de Bosnia, había trabajado allí con buen éxito todavía a los principios del pontificado de Gregorio XIII (4). En la instrucción que se le dió, Stéfani es designado como visitador de Dalmacia, Esclavonia, Croacia, Bosnia, Servia, Moldavia, Valaquia y Bulgaria. Debía trabajar de una manera amplia por el mejoramiento de las cosas eclesiásticas en estas provincias y dar relación de todas las sedes episcopales todavía existentes o anteriores, de las poblaciones que eran apropiadas para la erección de nuevos obispados, de todas las iglesias y monasterios, de la vida y costumbres del clero y del pueblo (5).

En diciembre de 1580 el obispo Stéfani envió su relación al Papa sobre su visita pastoral en Bosnia y Herzegovina (6). Los católicos de Bosnia y Servia le habían saludado como a un ángel del Señor, según en 1581 escribían al Papa llenos de gratitud. Por las conmovedoras cartas que el obispo de Bosnia, Antonio de Mattei, residente en Diakovár, compuso en unión de los franciscanos y de los miembros más conspicuos de las parroquias cristia-

(1) Cf. Bakula, *I Martiri nella missione Franciscana osservante in Erzegovina*, Roma, 1862, y Batinic, *Djelovanje Franjecara u Bosni i Hercegovini*, 2 tomos, Agram, 1881-1883.

(2) V. Acta consist. en Gottlob, loco cit., 52.

(3) Fué nombrado visitador Agustín Valier, obispo de Verona; v. Farlati-Coleti, *Illyricum sacrum*, III, 465 s., IV, 227, V, 131 s. Cf. también las \*memorias que hay en el Cód. D. 6 del *Archivo Boncompagni de Roma*.

(4) V. Fermendzin, 310 s. Cf. nuestros datos del vol. XVII.

(5) Cf. Theiner, III, 271; Gottlob en el Anuario Hist., VI, 45, 47, donde ha sido utilizada por primera vez la instrucción para B. de Stéfani, que se conserva en el Archivo secreto pontificio (Var. polit., 129, p. 194-210). En 1892 fué publicada por Fermendzin (321 s.), pero con falsa fecha de 1582. Cf. también *Orbis Seraph.*, II, 744.

(6) V. Fermendzin, 313 s.



nas, los más de ellos mercaderes, se echa de ver cuán excelentemente trabajó el delegado apostólico (1). Sus relaciones no se han hallado por desgracia hasta el presente; pero ellas fueron evidentemente las que movieron en 1581 a Gregorio XIII a erigir cuatro nuevos conventos de franciscanos en Bosnia (2). Cuando el delegado a principios del año siguiente fué arrebatado por la muerte en medio de su abnegada actividad, el Papa encargó al obispo de la isla de Curzola, Agustín Quintio, dominico, llevar al fin la visita pastoral (3).

A principios del año 1584 Gregorio XIII envió a Alejandro Komulowic, canónigo de Zara, con el jesuita Tomás Raggio como visitantes apostólicos a la península de los Balcanes. Ambos produjeron abundantísimo fruto en el clero y el pueblo (4). En las relaciones que Komulowic envió al Papa sobre su viaje, describió las necesidades religiosas de aquellos países (5). De ellas se infiere cuán numerosos eran los cristianos que gemían bajo el yugo de los turcos. Komulowic hace llegar a 40000 el número de los cristianos aptos para tomar las armas en Albania hasta la comarca de Durazzo; pertenecían casi todos al rito latino. En lo restante del Epiro y en Macedonia predominaban con mucho exceso los griegos. Komulowic dice que había allí más de 100000 hombres capaces de tomar las armas; que otros tantos eran en Herzegovina, en Esclavonia, en Croacia y en Servia. Que en Bosnia y al lado del Danubio hasta Belgrado se contaban 200000, y otros tantos en Bulgaria. Que a las orillas del Mar Negro sería posible hallar hasta 400000 cristianos (6). Aunque estos números sean exagerados, es no obstante indudable, que todas aquellas regiones ofrecían todavía una población cristiana muy numerosa (7). No es

(1) Las cartas se hallan en Theiner, III, 272 s. Cf. Balán, *La Chiesa cattolica e gli Slavi*, Roma, 1880, 206, 242, y Fermentzin, 314 s.

(2) V. Maffei, II, 181; Gottlob, loco cit., 53, nota 1.

(3) La instrucción para Agustín Quintio, con fecha de 29 de junio de 1582, ha sido publicada por Fermentzin (335 s.).

(4) V. Maffei, II, 390; Sacchini, V, 170 s.

(5) V. Fermentzin, 339 s.

(6) V. la \*Relatione del P. A. Comuleo, Cód. Barb. 3392, de la *Biblioteca Vatic.* Cf. Ranke, *Obras*, XLIII-XLIV, 538 s., y Pierling, *Papes et Tsars*, París, 1890, 445 s.

(7) También el bailío Juan Francisco Morosini dice en 1585, que en la Turquía Europea la mayor parte de los habitantes era cristiana. Albéri, III, 3, 263.

comprensible cómo los Estados occidentales no fomentaron para nada la idea de ponerse en relación con estas fuerzas de combate (1).

A la triste situación de los católicos de Constantinopla, donde faltaban sobre todo aptos pastores de almas, había sido atraída la atención de Gregorio XIII por las relaciones de viajeros griegos (2) y por una solicitud que la comunidad de Pera dirigió el 1.º de octubre de 1574 al embajador francés cerca de la Sublime Puerta, Francisco de Noailles. Éste transmitió el documento con otras dos memorias para los generales de los dominicos y franciscanos al nuncio pontificio en Venecia, el cual los remitió a Roma. La consecuencia fué que Gregorio XIII en 1575 encargó a los generales de las mencionadas Órdenes, que enviasen cierto número de Padres aptos al Bósforo (3).

Mas el cuidado de Gregorio XIII no se extendía solamente a las comunidades latinas de Turquía; de la manera grandiosa que le era propia, concibió también el plan de unir a los cismáticos griegos con Roma. Sus consejeros en esta parte fueron, además del docto cardenal Sirleto, bien enterado en esta materia, otros dos miembros todavía del Sacro Colegio, Santori y Savelli. Con ellos formó en 1573 una Congregación especial para los asuntos de los griegos (4). Conforme a su consejo el Catecismo Romano fué traducido al griego moderno; en 1576 no menos de 12000 ejemplares del mismo se enviaron a levante con un correspondiente número de impresos de la edición de los decretos tridentinos. Además el Papa dispuso una nueva impresión de los decretos del concilio de Florencia, para la que Sirleto compuso una carta que los acompañaba, dirigida a los cismáticos griegos (5), la cual hizo

(1) V. Gottlob en la *Lit. Rundschau*, 1891, 117.

(2) Cf. el \*Avviso di Roma de 13 de marzo de 1574 en las *Romana del Archivio público de Viena*.

(3) Cf. Theiner, I, 317; Maffei, I, 206; Gottlob en el *Anuario Hist.*, VI, 46. Una carta de Gregorio XIII para los franciscanos de Pera puede verse en el *Orbis Seraph.*, II, 719. Para la restauración de las iglesias de Pera envió Gregorio XIII en 1582, 199 escudos de oro; v. la \*carta de Galli al nuncio de Venecia, fechada a 11 de noviembre de 1582, Nunz. di Venezia, XXIII, *Archivio secreto pontificio*.

(4) V. las *Acta consist.* en los *Studi e docum.*, XXIV, 135.

(5) \*Exhortatio ad Graecos, que se conserva en el *Vatic.*, 6792, *Biblioteca Vatic.* Cf. Lämmer, *Analecta*, 57. V. también la *Relazione de Corrado*, p. 275.



difundir por las provincias griegas, así como la defensa del mencionado sínodo, atribuida a Genadio (1).

En relación con esto estuvo la fundación del Colegio Griego en Roma, de la que ya hemos hablado (2). Por desgracia el resultado no correspondió a las esperanzas del Papa. Las dificultades eran demasiado grandes (3). También las hubo cuando Gregorio XIII en marzo de 1580 mandó a Constantinopla al obispo de Nona, Pedro Cedulini, como delegado y visitador ante todo para las comunidades latinas de Turquía. La ocasión próxima de este envío fué que un mercader italiano, establecido en la capital turca, pintó personalmente al Papa la lamentable situación de la Iglesia en Turquía, especialmente en Constantinopla (4).

Desde el principio se opusieron muchos obstáculos a la misión de Cedulini (5). Todas las tentativas del Papa en orden a ganar para él la protección del gobierno veneciano y de su bailío en Constantinopla salieron fallidas. La señoría, que conocía la envidia de las autoridades turcas a la influencia de Roma, no quiso hacerse malquista de la Sublime Puerta, y poner con esto en peligro sus intereses mercantiles. Ni siquiera toleró que el obispo, que era no obstante súbdito propio suyo por ser natural de Zara, emprendiese el viaje a Constantinopla con el nuevo bailío Pablo Contarini. Por mediación de los raguseos logró al fin conseguir un salvoconducto del sultán. Con éste pudo llegar a la capital de Turquía en el otoño de 1580. La comunidad católica le saludó gozosamente; en cambio no halló el deseado apoyo en los embajadores occidentales; del representante de Rodolfo II no había que decir, pues se inclinaba al protestantismo; los representantes de España y Venecia se retrajeron por motivos políticos. Sólo el embajador francés Jacobo Germigny, ferviente católico, se inte-

(1) Cf. la \*relación de Odescalchi, fechada en Roma a 28 de noviembre de 1579, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. vol. XIX, p. 231 s. Sobre la Congregación Griega v. vol. XIX, p. 75, y la Revista de ciencia de misiones, 1922, 2.

(3) Cf. la Relazione de Corrado, 275.

(4) V. Theiner, III, 228.

(5) Para lo que sigue, además de Maffei, II, 143 s., cf. el excelente estudio de Gottlob en el Anuario Hist., VI, 42-72. Las \*actas de visita aquí utilizadas según una copia existente en la Biblioteca del convento de los franciscanos de los SS. Cuarenta de Roma, se conservan también en un manuscrito de la *Bibl. municipal de Ancona*.

resó por el enviado pontificio y le procuró el permiso de permanecer en Constantinopla por algún tiempo.

Cedulini aprovechó su estancia para enterarse de la situación de los cristianos latinos de Constantinopla, y luego también del estado de las provincias, pidiendo informes a clérigos y legos. Por efecto de esto pudo trazar a la Santa Sede un cuadro bastante exacto de las comunidades latinas de Turquía. De su exposición se colige que la vida religiosa de los católicos del imperio turco había empeorado mucho en la última generación, principalmente por falta de sacerdotes. En la península de Crimea sólo en dos ciudades los habitantes habían permanecido fieles a su fe; en Kaffa los latinos habían perdido todas las iglesias excepto una. En Trebisonda y en todas las ciudades marítimas del Asia Menor, donde no habían quedado más católicos que los mercaderes extranjeros, los griegos y los armenios se habían apoderado de los templos. En Brussa la iglesia católica había sido convertida en mezquita. La mayor parte de los que vivían en las islas del Archipiélago eran todavía católicos. En Quío, Paros, Tinos y Naxos había aún obispos que estaban en relación con Roma. En Santorini (Thira) toda la población había permanecido católica a pesar de las seducciones de los cismáticos; en Andros por el contrario, los católicos se habían tenido que refugiar en los montes por la persecución del judío portugués José Miquez. En Andrinópolis había aún numerosos húngaros y bosnios católicos, a los cuales faltaba empero un eclesiástico. En Sofía se contaban 150 católicos, en su mayor parte raguseos. Una gran comunidad del rito latino existía en Novivazar, otra menor en Varna, Visch y Rustschuk. Entre los dos últimos lugares mencionados había doce comunidades de paulicianos que tenían su culto según el rito latino. En Valaquia, lo mismo que en Bosnia y Servia, se hacía notar el protestantismo, que penetraba desde Transilvania (1).

Muy poco agradable estado de cosas halló Cedulini también en Constantinopla y en sus suburbios Pera y Gálata, donde los latinos poseían ya sólo doce iglesias; pero éstas eran enteramente pobres y todas ruinosas. Terrible era la situación de los prisioneros de guerra cristianos, que se consumían en las mazmorras tur-

(1) V. Gottlob, loco cit., 52 s.